



VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 20 Diciembre 1942

NUM. 115



No hay mejor medio para
guardar la paz que estar dispuesto
para la guerra.

FRANCO

EDITORIAL

JUVENTUD Y FAMILIA

Las sesiones de la Comisión Europea «Juventud y Familia» que tuvieron lugar en Madrid, son una prueba más de la comunidad de pensamiento y esfuerzo de las juventudes de Europa congregadas ayer en Weimar, Florencia, Roma y Viena, y hoy en nuestra capital para definir las normas teóricas que han de guiarlas y en tierras de España y de Rusia — hace años y en este mismo momento — para defender arma al brazo, sobre la muerte, esas normas que, como señaló el Delegado Nacional del Frente de Juventudes, en el discurso de clausura de las citadas sesiones: «frente al régimen liberal que supeditaba la familia a las apetencias egoístas del individuo, contra la tiranía de la concepción marxista que la considera con ojos de un grosero materialismo, alzan el concepto hondamente humano que reconoce a la familia como una entidad moral cuya fortaleza inmediata es causa de la robustez del Estado».

España y la nueva Europa, consideran a la Familia como auténtica realidad vital, como célula de la unidad social y punto de partida de toda arquitectura espiritual de la Nación. Prescindiendo de la institución Familia o deshaciendo sus valores sociales, el Estado está abocado a una disgregación moral inevitable, pasó por el que ha de venir la ruptura espiritual del Estado y con ello la bestialización de los ciudadanos que sin los valores-base, que encierra la Familia, han de desembocar forzosamente en el caos, en la deshumanización del hombre, en la agrupación, no de almas, sino de máquinas que trabajaran sin saber por qué ni para qué.

La Familia es una institución base, como lo son en grado superior la Religión y la Patria; sin ella, sin la fuerza moral que une a padres y a hijos y a hermanos, no se podría pasar a la camaradería ni al amor por el resto de nuestros semejantes, punto de partida de las revoluciones nacionales que tienden a levantar, por la disciplina impetuosa, los valores espirituales de la Nación y con ello conseguir su grandeza.

FE ESPAÑOLA

Creemos en la suprema realidad de España

El presente escrito ha sido redactado por la Flecha de 14 años de edad de la Sección Femenina del F. de J. local, María Cruz Montagud, y con él ha ganado el concurso literario comarcal de dicha S. F., tomando parte, por lo tanto, al concurso provincial de la misma índole que se celebrará próximamente en Barcelona. Como el lector podrá apreciar, teniendo en cuenta la corta edad de la escritora, el mismo es de una calidad y gusto casi perfectos.

España es espíritu, alma. Todas sabemos que estos son valores indestructibles y eternos. De este convencimiento, que tiene su origen en el sentir completamente religioso y católico de nuestra Patria y de todos los españoles, surge nuestra creencia, nuestra fe absoluta, encerrada en las palabras que forman el primer punto de la Falange. Todo él, es claro, luminoso, como el cielo español; por ese es el mejor reflejo del alma española,

a la que nunca faltó la Fe, ni aún en los momentos más duros y difíciles de su existencia.

Como prueba de esta Fe, nosotras, las Flechas, verdaderas falangistas, ponemos nuestra voluntad y todos nuestros actos al servicio de España, la gran realidad, la suprema realidad de nuestras vidas de patriotas, dispuestas siempre al sacrificio de las ambiciones particulares ante una orden, sea cual sea, dictada por cualquier jerarquía.

Esta fe que nos indica el primer punto, esta creencia, la siento yo con todo mi corazón porque he vivido dentro del F. de J., que es vivir y estar con Falange y España. He leído los maravillosos puntos de la Falange y quisiera comunicar mi entusiasmo y mi fe a todas las flechas españolas; a todas mis camaradas.

Así gritarían, como yo, esa frase que expresa todo nuestro sentir, toda el alma del pueblo español y que es la sagrada

¡ARRIBA ESPAÑA!

COMENTARIOS

Sobre "esto" y "aquello"

El discurso que nuestro Caudillo acaba de pronunciar en el acto de constitución del III Consejo Nacional de la Falange, es, sin duda, un modelo de precisión y de sobriedad retórica.

Pocas palabras le han sido suficientes — y estas escogidas entre lo más austero del idioma — para levantar un monumento de doctrina insobornable española y un ejemplo de concentración doctrinal, proyectado sobre unas cuantas líneas esquemáticas, que por su misma sencillez poseen, al par que densidad de ideas motrices, vibraciones de clarín urgente.

Desde los sentimentalmente tan lejanos tiempos de la Cruzada, en que el amor clandestino de la radio, librada Dios sabe a costa de que recursos de ingenio y sacrificios, como última tabla de salvación, le oíamos más allá de las ondas, infundiendo más bien su voz cargada de esperanzas, nunca habíamos sentido estremecido nuestro ser como ahora, cuando sólo quince minutos escasos le han sido suficientes para trazar, con ademán indicativo, las rutas de un destino, y para esbozar, con un cierto sentido del humor, galatico, la obtusa y recalcitrante cerrazón de la disconformidad endémica, capatada como siempre por el espejuelo decadente de los tiempos fáciles y de las posturas cómodas.

Porque, en nuestro sentir, acaso lo que de mayor eficiencia haya en el discurso, no sea sólo el hondo sentido doctrinal de las consignas en él contenidas, sino la perfecta trabazón lógica entre ellos, que hace inútiles todos los esfuerzos subalternos de la sofística al uso, en busca permanente de resquicios por donde introducir la gancha de una argumentación polémica, tonta, por lo demás, en tiempo de urgencia. Con lo cual alcanzaba el Caudillo su primera victoria en el mencionado discurso, cuando afirmaba que durante los tres años de Cruzada y los tres indebidamente llamados de paz, nos habíamos debatido en un constante afán de unificación.

Porque, en definitiva, la unificación a que se refiere Franco no es sólo una voluntad de fusión arbitrística, de mezcla o confusión de cosas distintas o dispersas, sino a una espiritual y absoluta disposición para enfocar los problemas planteados a España y al Mundo, por la única lente hoy posible y honesta; la del interés objetivo de España, que es el interés indeclinable del Movimiento, «al que todo ha de subordinarse». Además de que es inútil el rebelarse contra el signo de los tiempos, primero, y en segundo lugar, de que resultaría suicida — o rayano en la mehez — intentar desconocer los términos en que se hallan planteados dichos problemas. España no posee hoy más términos honestos de opción, que uno sólo. La salida es singular: quietarse o no, y el conocerla y perseguirla ha de ser la tarea de todos, guiados por quien sabe y debe guiar y a ello hemos de enfocar el esfuerzo común, unificador

si queremos superar sin catastróficas consecuencias la crisis evidente de la era que empieza y de la era que acaba.

Falacia supina es, por otro lado, la cancamusa monótona y archisabida de lo «posible circunstancial» en un momento dado, que suele ocultar, tras de sí una voluntad débil, plegadiza y sin arreos o bien una malvada locura. Lo circunstancial es lo periférico, adyacente y cambiante y la doctrina es una, eterna e incommovible. Aquello, pues, de ninguna manera debe ni puede influir en el desarrollo de esta como no sea en cuanto a la táctica, que por fortuna se halla en manos de buen estratega, pero de ningún modo en un intento de falsificar la única verdad sustantiva que vive en el fondo de la doctrina del Movimiento.

Cuando Franco dice que la actual situación del Mundo, no es producto de «movimientos particulares» y que si estos existen no son «sino facetas de un movimiento general de rebeldía de las masas civilizadas del mundo», no sienta sólo, por elevado que este sea, un parecer, sino que extiende sobre la mesa de disección, con la palpitante objetividad de un hecho incóncuso, una premisa que a nadie le es lícito desconocer, ni mucho menos adúlterar. Y si esto es así de claro, mucho más lo ha de ser la consecuencia, que no es otra que la de perseverar en una norma que a los españoles les ha sido trazada por la historia y escrita en la piel por los agravios y las heridas de varios siglos. Otra cosa será desparatarse en acciones múltiples, caóticas e inoperantes, como no sea para seguir siendo sufridos y pacientes «actores» de segundo rango o tercer rango, o modestos terrícolas de un espacio geográfico al servicio de las espléndidas digestiones extrañas.

Franco una vez más, y esto con una claridad radiante, nos ha señalado el destino, en un terrible dilema del que urge darse por enterados. O «esto», eficaz, digno y cargado de espiritual concepto de la vida, o «aquello», trágico, deshonesto y brutalmente materialista, que nos rebaje al nivel de los rebañados esclavos, bajo el látigo de los comisarios analfabetos. Mas nunca a esas añoradas estúpidamente soluciones intermedias, — buen caldo de cultivo para todos los ensayos — caducados ya hasta en sus mismas sentinas, como estamos viendo. Es preciso, pues, acabar con esos llantos sentimentales con que quieren acariciarnos el oído los cocodrilos tumbados a la orilla, con la panza al sol.

El que se sienta sentimental está en su derecho. Podrá evidentemente situarse al borde del camino, mientras pasan las escuadras que van a luchar, pero no se ponga delante de ellas para impedirles el paso. Sería peligroso ante las nuevas generaciones, poco amigos de arbitrios y ortopedias.

FRANCISCO TOLSADA